

Entrevista con Ana Pizarro: el intelectual y la posmodernidad

Livia Reis es Profesora y actual directora de Relaciones Internacionales de la Universidade Federal Fluminense, Brasil. Doctora en Letras por la Universidade de São Paulo. Fue directora del Instituto de Letras de la UFF entre 2003 y 2010. Ha publicado múltiples artículos sobre literatura y cultura latinoamericana en revistas especializadas. Correo electrónico: liviareis@id.uff.br

Entrevista publicada originalmente en *Cadernos de Letras da UFF. Dossiê: Diálogos interamericanos* 38 (2009): 15-17.

ANA PIZARRO ES chilena, profesora e investigadora de la Universidad de Santiago de Chile, Doctora en Letras por la Universidad de París y especialista en temas relacionados con literatura y cultura en América Latina. Ha trabajado en centros de estudio y universidades en Chile, Francia, Argentina, Venezuela y Brasil. Su proyecto de investigación “Perfil cultural del área amazónica” fue premiado con la prestigiosa Beca Guggenheim en 2002. Ha compilado las siguientes obras: *La literatura latinoamericana como proceso* (1985), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* (1987), *El archipiélago de fronteras externas*, entre otras. Su obra más conocida en Brasil es la trilogía *América Latina: palabra, literatura e cultura* (1993-1995). También fue editada en Brasil por la editorial de la UFF, en 2006, la colección de ensayos *O Sul e os trópicos*. Actualmente es investigadora y profesora del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.

¿Ha cambiado la posición del intelectual en la actualidad frente a la fuerza y el poder de los medios?

Yo creo que es evidente que desde el periodo que surge alrededor de los años setenta del siglo pasado, es decir, con la segunda revolución de las comunicaciones del siglo –la primera había sido la del telégrafo, el teléfono, el auto, el avión, el cine–, ha habido un cambio bastante profundo de la cultura.

Esto se da porque el sistema cultural mediático se impone con mucha fuerza y absorbe en buena medida a los sistemas populares y cultos, que sin embargo persisten en la identidad de su formulación como tales, cada uno con su estética propia.

Yo diría que el sistema indígena es el que tiene mayor capacidad de resistencia. Esto hace que lo que tradicionalmente llamamos *intelectual*, mayormente ligado al sistema culto, se vuelva bastante marginal y se convierta ahora sí en élite con un discurso que es cada vez más crítico.

Todo esto tiene que ver con otros elementos que están articulados a esto mismo: el sistema económico vuelve central la empiria y el espacio de lo cuantitativo. En este marco, el papel que el intelectual tradicional ligado a las humanidades tuvo en los años sesenta y setenta da lugar a la voz del economista, que es un intelectual con características diferentes a las de aquel, sobre todo en su versión contemporánea.

¿Cómo se pueden entender los roles del intelectual en un mundo posmoderno, poscolonial, postodo?

Pienso que en este mundo de hoy, el de la modernidad tardía, la relación de lo que hemos llamado tradicionalmente intelectual con la escena en donde ejerce su oficio necesita ser crítica, como siempre, y creadora. El universo de la moder-

nidad tardía abre espacios en distintos ámbitos: en lo social, en el género, en lo étnico, en lo cultural, que son propicios a la creatividad y a la búsqueda de nuevas aperturas. Por esto, el papel crítico que le es inherente es siempre una necesidad, tanto más cuanto que se han producido cambios fundamentales, deslizamientos, en el orden de las subalternidades, de las relaciones de desigualdad y de la ética a nivel internacional.

¿Hay diferencias entre la producción intelectual tradicional y la producción intelectual vinculada a los medios?

Lo que se ha producido es, por una parte, un fortalecimiento inaudito del campo de lo mediático, que, como decíamos, absorbe y redefine los discursos intelectuales del sistema ilustrado; y, por otra parte, este último tiende a fortalecerse, aunque hay deslizamientos evidentes frente al primero. Es decir, hay una separación más nítida en los sistemas literario-culturales, y al mismo tiempo emerge una zona de fronteras. En esta –el caso de Isabel Allende, Marcela Serrano, Laura Esquivel–, lo mediático se incorpora a lo ilustrado y genera una estética, diría, *bisémica*: con elementos que la gran literatura ha logrado pero disueltos en una estructura propia del *best seller*. Es decir, un espacio fronterizo en donde surge un discurso con una estética ligada a la de la cultura de masas, con temas y estructuras del rango telenovelesco, pero en donde también se articulan elementos propios de la narrativa ilustrada. Esto es lo que produce confusión a veces en la crítica y reinstala parámetros de lo estético en los lectores.

¿El intelectual en América Latina todavía tiene un papel político, como en los sesenta y en los setenta?

En este continente no se puede no tener una dimensión política de la vida, seamos o no intelectuales, seamos tradicionales o no; pero de la política en el gran sentido de la palabra, no en el partidista, que respeto pero no es el caso. Vivimos un curso histórico que exige pronunciamientos. No siempre se dan en el mismo orden de respuesta, pero la exigencia está. Te puedo responder en lo personal esta pregunta: yo creo que no se trata de la misma respuesta que en los sesenta. Sabemos de las transformaciones que ha habido. Hoy tenemos otras formas de poder, una perspectiva más compleja de América Latina, pero me siento parte de un continente que exige permanentemente atención y de una historia internacional movida por diferentes formas de poder. Siento responsabilidad frente a esto, como siento responsabilidad frente a mi familia, mis amigos y mis estudiantes. Esta me ayuda a entender el mundo, hasta donde lo entiendo, y le da un sentido a mi quehacer.